

Comuneros Toledanos

Crónica de una ciudad rebelde

Fernando Martínez Gil

[B I B L I O T E C A A Ñ I L]



Almud
Ediciones
de Castilla-La Mancha

Índice

1. La ciudad rebelde.....	9
2. El marco urbano.....	16
3. El mundo del trabajo.....	26
4. Los estamentos privilegiados: el clero.....	40
5. Los estamentos privilegiados: la nobleza.....	54
6. La crisis sucesoria.....	69
7. <i>El rey nuestro mercenario es</i>	86
8. Las Cortes de Santiago y la embajada toledana.....	99
9. La insurrección.....	108
10. El núcleo duro de la Comunidad.....	120
11. El bando realista.....	141
12. La comunidad triunfante.....	163
13. Las Cortes y Junta General del Reino.....	181
14. El reflujo.....	197
15. Compás de espera.....	217
16. La guerra total.....	238
17. La ciudad indómita.....	265

18. La capitulación	287
19. El día de San Blas	304
20. La represión.....	315
21. La estela de las Comunidades.....	348
Cronología.....	369
Bibliografía.....	380
Índice onomástico.....	392
Índice topográfico	410
Siglas utilizadas.....	417

1. LA CIUDAD REBELDE

Relata el historiador Prudencio de Sandoval que, horas antes de ser justiciado, Juan de Padilla habría escrito a su ciudad una carta en que la interpelaba del siguiente modo: “*A ti, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada*”. Si el capitán comunero se remontaba a aquella remota época no era por presunción de ilustrado sino porque la asunción de esa memoria formaba parte de la identidad urbana de Toledo. Los godos, al decir del historiador Pedro de Alcocer, la ennoblecieron otorgándole el título y dignidad de *Civitas Regia* o *Ciudad Real* o, lo que es lo mismo, “cabeza de las Españas” y “Madre Primada”. Esta supremacía política y religiosa habría alcanzado en el reinado de Wamba “su edad adulta y perfecta”². Antes de aceptar el trono de una España unificada este glorioso rey puso la condición de que no se intitularía como tal hasta no entrar en la *Civitas Regia* y ser ungido y coronado por su Metropolitano, al que ya se tenía por primado de la Iglesia española mucho antes de que dicho privilegio fuese refrendado por el papa Urbano II en su bula de 15 de octubre de 1088. Había sido la misma Virgen quien, descendiendo para imponer la casulla a su devoto san Ildefonso, y hollando el suelo de la santa iglesia de Toledo, había mostrado por ella su preferencia y sacralizado el espacio urbano que la cobijaba. Ritualmente quedó establecido así que los monarcas godos y luego castellanos debían ser coronados en la vieja urbe y por su arzobispo, al modo en que los emperadores eran ungidos por el patriarca de Constantinopla. De este modo se parangonaba a Toledo con Roma y con la capital del Imperio bizantino, inmejorable fundamento para ostentar siglos más tarde el rango de “Ciudad Imperial”. Aún hoy esa pretensión permanece visible en los viejos escudos de armas que presiden las puertas de la ciudad: los dos reyes, o emperadores, entronizados y portando cetro y espada, flanqueando el águila imperial que se añadiría en el siglo XVI.

1 Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, I, 439.

2 Alcocer, *Historia o descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, 28.

Para entonces Toledo había atesorado además el título de “muy noble y muy leal ciudad” que le concediera Enrique IV en 1468 y que los Reyes Católicos ratificarían ocho años más tarde. La nobleza venía justificada no solamente por los patricios que la habitaban y gobernaban, sino por la antigüedad de su fundación, su acrisolada piedad católica y su condición de corte de los reyes godos, de quienes los hidalgos toledanos se consideraban descendientes directos y portadores de su limpia sangre. Más discutible era su proclamada lealtad a los monarcas, pues Enrique IV le otorgó tan paradójico título una vez que Toledo volvió a su obediencia después de una más de sus habituales muestras de rebeldía y deslealtad.

Ya la antigua *Tulaytula* se había ganado la fama de rebelde por su obcecada oposición al poder centralizador de Córdoba. El historiador Julio Porres da cuenta de hasta veintitrés rebeliones entre los siglos VIII y XI que mantuvieron a la ciudad prácticamente independiente durante 164 años de los 372 que duró la dominación islámica³. Emires y califas cordobeses chocaron una vez tras otra contra sus murallas, y al gran Abd al-Rahman III le costó varios intentos y un cerco de treinta y siete días el subyugarla. Escribió Ibn Hayyan que el califa reconoció que, sin la ayuda de Dios, no habría podido conquistarla “por su inaccesibilidad y por la inveterada costumbre de sus habitantes en su afán de gobernarse a sí mismos suplantando la autoridad de los califas”. Este comentario introduce otra de las singularidades de Toledo que contribuyen a explicar el éxito de su contumaz rebeldía. Abd al-Rahman quedó admirado por “su inaccesibilidad por todas partes gracias a la solidez de sus murallas, a que el río rodeaba su alcazaba, a lo abrupto de sus accesos y a lo elevado de su terreno”. En el siglo XI aseguró al-Bakrí que “Toledo se construyó sobre la rebelión y la guerra”, y Ibn al-Qutiyya llegó a sostener que “los toledanos eran gente tan revoltosa e insubordinada que no hacían caso de los gobernadores, hasta un extremo al que jamás llegaron vasallos de ningún país respecto a sus autoridades”. Abd Rabbihi de Córdoba, en fin, tildó a la ciudad de “villa maldita, la más maldita

3 Porres Martín-Cleto, *Historia de Tulaytula*, 82-83. Los datos que siguen están extraídos de esta obra y de la de Delgado Valero, *Toledo islámico: ciudad, arte e historia*, 19 y ss.

de Dios, villa de chismes e hipocresías, llena de criminales y rebeldes”. El propio Ibn Hayyan trató de explicar su talante turbulento y levantisco con el argumento de que a los toledanos “les venía de naturaleza por su misma alimentación, pues su tierra y su compleción son de las peores; por eso ellos no cesan de levantarse contra los reyes y frustrar a los más poderosos y astutos que la procuran”.

Si no la rebeldía, la Toledo cristiana realimentó el mito de su inexpugnabilidad. La *Crónica General* la describe como “una villa muy fuerte et la una gran partida cercada de pennas et del río Taio quel anda la mayor partida en derredor”, razón por la cual Alfonso VI hubo de tomarla a partido después de asolar sus campos circundantes y aprovecharse de las disensiones que debilitaron a los sitiados. Algunos siglos más tarde el canciller López de Ayala seguía proclamando con orgullo que era “la más fuerte ciudad del mundo en su asentamiento”⁴.

Pero sería en el siglo XV cuando el espíritu rebelde de Toledo renacería con inusitada fuerza y persistencia, pues las inquietudes, solamente apaciguadas en los años centrales del reinado de los Reyes Católicos, habrían de prolongarse hasta la revolución de las Comunidades. La inestabilidad, preludiada en el siglo anterior por las guerras que asentaron en el trono a los Trastámara y por las matanzas de judíos en 1391, fue el rasgo más recurrente de la historia local durante toda la centuria y se manifestó en diversas formas, ya fuese en rebeliones contra el rey, en banderías nobiliarias o en enfrentamientos étnico-religiosos, al tiempo que las viejas familias de la oligarquía iban siendo desbancadas por nuevos linajes provenientes del exterior. La familia alavesa de los Ayala controló los resortes del poder gracias a que sus patrones lograron patrimonializar los oficios de alcalde mayor y alcaide del alcázar, puertas y puentes de la ciudad. Al gran canciller Pedro López de Ayala sucedieron varias generaciones de homónimos. El primero de ellos, señor de Fuensalida, apartó a Toledo de la obediencia al rey Juan II en dos ocasiones, en 1420 y 1440; y su sustitución por el repostero mayor Pedro Sarmiento significó una nueva rebelión contra el monarca que, en 1449, degeneró

4 *Primera Crónica General*, 538; López de Ayala, *Crónica del rey don Pedro*, 45.